

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 284.

MADRID. 19 DE OCTUBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



LA MADRE DE DEMOSTENES GRUÑENDO Y AYUDANDO A SUS CRIADOS.

UN AMOR EN PROVINCIA,

II

Pasaba la madre de Demóstenes los primeros meses de luto en una elegante casa de campo que había comprado su marido á orillas del mar para tener recreo y descanso á las fatigas del foro. Allí, rodeada de su familia aguardaba la venida de su hijo. Demóstenes solo tenía una hermana, que había contraído su matrimonio durante su ausencia con un rico negociante llamado M. Armand. Este había quedado huérfano siendo todavía jóven y había servido de tutor á dos hermanas suyas. Mma. Delvil, que ya iba á la sazón en treinta años, disimulaba su edad unida á un esposo anciano con quien vivía libre, elegante, coqueta, y despechada por ver de continuo á su lado á su hermana, jóven de diez y ocho años, de noble y candoroso ademán, hermosa en todo el sentido de la palabra: dotada de superior y original entendimiento, que aun no se habían revelado sino á medias con el contacto de las gentes vulgares que la rodeaban. Teresa Armand era para su hermana objeto de amenazadora rivalidad: mientras que se desarrollaban las gracias de la hermana soltera, iban por decirlo así, de capa caída los ya rancios hechizos de la casada. El periodo de la decadencia es para la mayor parte de las mugeres una época de acritud y de amargura. Mma. Delvil la combatía con ánimo resuelto; mas obligada á ceder sentía una desazón interior que abortaba en regaños contra Teresa tranquila, risueña y cada día mas hermosa. Mma. Delvil había descansado á menudo y por bastante tiempo de su calidad de consejera de Teresa, depositando esta facultad primero en su hermano, luego en su cuñada y por último en la madre de Demóstenes, que después de la muerte de su esposo halló dulce recreo á su dolor con la amable compañía de la jóven. Teresa por su parte tuvo á singular deca-

pasar algunos meses con la buena viuda en aquella pintoresca quinta, lejos del hogar clásico de su hermano, y de las inclinaciones vulgares de su hermana. Habían vivido mas su imaginación y su espíritu en aquellas semanas de soledad, que durante sus lentos años que habían transcurrido de su juventud monótona y contenida. Queriendo el padre de Demóstenes echársela de erudito tuvo el lujo de poner una doble biblioteca en la ciudad y en el campo, y su viuda que nunca había abierto otro libro que su ejercicio cotidiano, no sospechó que corriese riesgo una jóven por leer todos los tomos de literatura que tenía revueltos su esposo entre los digestos y los cóligos.

De este modo pudo hojear Teresa poesías, historias y hasta novelas. La enteración *Clarisa de Harlowe*: *Corina* exaltó su mente: en la *nueva Eloisa* no advirtió nada peligroso: le pareció *Julia* razonadora y extravagante, y *Saint-Preux* un ideal bien triste. Metida en el gabinete del difunto abogado devoraba Teresa su biblioteca tomo á tomo; mientras la madre de Demóstenes cuidaba de sus gallinas y de sus tiestos. Así invertía las abrasadoras horas de la siesta; mas cuando por la tarde refrescaba la brisa del mar, iba á sentarse á un bosquecillo contiguo á la playa, donde deliraba entre delicias, se espaciaba su ánimo, y al contemplar la hermosura de la naturaleza, sentía animarse su corazón con vehemente fortaleza y sensibilidad profunda. A veces solía acompañar la madre de Demóstenes: entonces se distraía la jóven de sus delirios con la conversacion de la viuda; que no economizaba elogios al hablar de su amado hijo, gloria futura de la casa, y noble heredero de la paternal elocuencia.

Teresa, cuyo juicio recto y algo burlesco se había atrevido á dudar de la sabiduría del padre de Demóstenes, se dispuso á la misma incredulidad respecto de los méritos del hijo; mas con tanto fervor y convencimiento los ensalzaba la madre, que su fé hizo insensiblemente alguna mella en el corazón de la jóven: además, al de-

cir de la buena viuda, existían sorprendente semejanza entre las inclinaciones de Teresa y las de Demóstenes: una y otra tenían decidida afición al estudio, á la literatura y á la poesía.

La imaginación de la jóven comenzó á aficionarse á la imagen del *parisiense* instruido, elegante é ingenioso tal como se le representaba entre su familia. A veces en sus paseos y al descender el sol á su ocaso para sumergirse en las aguas, poblaba la soledad y se desarrollaba á su vista una figura ideal y encantadora: era la imagen de Demóstenes. Tal era la disposición de su alma cuando una carta vino á anunciar el día de la llegada del héroe de sus ensueños. Antes de presentarse en la ciudad iría al campo para abrazar á su madre, y descansaría allí una semana de las fatigas del viage.

Amenció al fin el día tan apetecido por la viuda y por Teresa. Desde muy temprano acudieron á la quinta M. y Mma. Armand y Mma. Delvil con su mas nuevo y airoso traje. No se sabía exactamente la hora de la llegada del viajero, por lo que toda la mañana estuvieron de espera. La buena de la madre iba y venía dando órdenes gruñendo y ayudando á la cocinera para que la primera comida que ofreciese á su hijo fuera exquisita bajo todos conceptos. M. Armand se paseaba con su esposa por la alameda del jardinillo, y como buen negociante solo hablaba de intereses y de si ascendía á mas ó á menos la herencia de su consorte. Mma. Delvil invertía las horas de espera en ir y venir de la reja al espejo, prestando oído al menor rumor, volviendo á componerse un rebelde rizo, un lazo del cinturón de efecto seguro, y al mismo tiempo que se peinaba sobre las armas, pensaba que no dejaría de divertirse el amable abogado parisiense con el monótono trato de los jóvenes negociantes de la ciudad que solo entendían de frutos coloniales. Teresa sentada sobre un lecho de aromas acacias, desde donde dominaba el mar y el camino, leía una de las mas sublimes elegías de Lamartine que empieza de este modo:

REVISTA DE TEATROS.

«Desde aquí veo á la vida á través de una nube desvanecerse para mí en la sombra del pasado: solo ha quedado el amor, cual una soberbia imagen sobrevive á la nada de un extinguido suño.»

Estas sublimes y poéticas expresiones, cuya elevación y cuyo sentimentalismo comprendía, iniciaban su alma en el amor, en esa pasión inefable y divina, que, según el poeta, es la única que sobrevive á la nada. La imagen de Demóstenes flotaba en su ardiente fantasía. Se percibió cierto ruido: creyó que llegaba, permaneció inmóvil y palpó su corazón con violencia: brotó una lágrima de sus ojos y vino á caer sobre la página del entreabierto libro; mas de repente ahuyentó su emoción con una infantil carcajada: su espíritu estaba en pugna con su corazón, y hubo de ceder en esta lucha. Por mucha que fuese la seducción con que revestía á un fantasma adorado, el nombre de Demóstenes la parecía soberanamente ridículo, y creía que un hombre de talento debía haberse apresurado á borrarlo en un siglo de seriedad sencillez. Discurriendo así subió con presteza la escalera que conducía al saloncillo. Aun no había llegado Demóstenes. Toda la familia se había reunido, atraída por la misma causa que Teresa: M. y Mma. Armand en extremo tranquilos: la madre inquieta y turbada por la idea de los riesgos imaginarios que su hijo corría en el camino: Mma. Delvil sentada junto á las vidrieras de la puerta, jugando con un encantador abanico ó con las diáfanas cintas de una elegante papalina que rejuvenecía su faz hermosa: á veces se fijaba su atención en los uniformes pliegues de su vestido de tafetan negro, el cual designaba maravillosamente su talle, todavía esbelto. Viendo sola á Mma. Delvil aun podía causar ilusión, mas al lado de su hermana aparecía como una sombra de lo que fue en mejores tiempos: bien lo conocía ella, é involuntariamente dirigía sus envidiosas miradas á la joven que de codos sobre la mesa continuaba leyendo con el mayor sosiego. Vestía un sencillo traje de muselina azul, y su manga corta dejaba á descubierto su torneado brazo de una pureza de formas que traía á la memoria la estatuaría griega. No tenía tacha por mas que su hermana procurase hallarla; de modo que, dándose por vencida, dijo para su sayo: «Con razón la llaman nuestros galanes de provincia la Perla de las bocas del Ródano.»

Mientras cada cual se distraía á su manera tendió la noche su oscuro manto. A poco se oyeron chasquidos de un látigo. Ahora sí que es él, gritó la madre; y con una presteza que no era de esperar de sus años salió á encontrarle al camino. M. y Mma. de Armand la siguieron con mas lento paso. Mma. Delvil estudió su risa mas seductora, su mirada mas homicida, y bajó á la entrada de la quinta. Teresa quedó sola en el umbral de la puerta: indiferente al parecer, pero en realidad muy alterada, pues en el momento en que se paró el coche, vió apesarse á un joven, y sin que pudiera distinguir sus facciones prestó á la sombra, que la viuda del abogado estrechaba contra su corazón, todas las irresistibles seducciones del ideal de sus ensueños; y abandonándose de nuevo á sus sentimientos exclamó mentalmente: «¡Oh, Dios mío! ¿No me habré engañado? ¿Será como me le represento? ¿Me amará mucho?»

(Continuará.)

Sabemos que para el beneficio de la Juanita Perez se estrenará una comedia original con el título de las *Travesuras de Juana*.

EL ESTUDIO DE BARTOLINI EN FLORENCIA.

(Conclusion.)

Al día siguiente eran las siete de la mañana cuando voló al estudio de Bartolini. Florencia es ciertamente la ciudad de las artes, pues en ninguna otra se encuentran aquellos brillantes accesorios que acompañan poéticamente al viajero hasta las puertas del pintor, del músico y del poeta. En la calle, en el paseo, en las plazas públicas nada le distrae de su religiosa tarea observadora, y sus reflexiones artísticas se deslizan en una atmósfera impregnada del perfume de las bellas artes. Pasé delante del palacio Strozzi construido por ostentación, inclinándome al divisar la famosa columna arrancada de las *termas* de Antonino: atravesé el magnífico puente que Miguel Angel imaginó en Roma, y cuyo plano, según dicen, envió dentro de una carta al gran duque que se lo había pedido. Observada desde allí á la transparente luz de una mañana de abril, Florencia es tan bella y suave como su nombre: el Arno baña sus contornos encajonado en sus dos floridas riberas cubiertas de palacios; á la izquierda se percibe el *punte antiguo* en el que *Hércules* vence á *Neso* por orden de Juan de Bolonia y en el fondo la deliciosa colina de *San Miniato*.

Encontré á Bartolini en frente de su *Bacante* del mismo modo que el día anterior; es hombre que echa mano á cizuel á las cinco de la mañana, y no lo suelta hasta la noche, único modo que un artista llegue á ser un semi-Dios.

— ¿Qué tal os ha parecido la *Venus de Médicis*? me preguntó cordialmente.

— Una cosa regular, le respondí, después de haber admirado vuestra *Bacante*.

Sonrióse como un rey que escucha las adulaciones de sus cortesanos; el genio es la mayor elevación á que un mortal puede llegar, y no es vil el que lo adula. En seguida me invitó á recorrer las demas salas de su estudio y acepté su oferta con muchísimo placer.

Abrió las puertas de su inmensa galería de bustos; consta de seiscientos retratos de mugeres, todos trabajados por su mano ¡Cuántas damas inglesas le han servido de modelos! Apenas pasa por Florencia una viajera rica que no lleve su busto trabajado por Bartolini; este se queda con el vaciado en yeso para adorno de su estudio, que se compone de la colección mas curiosa y sorprendente de hermosas cabezas que puede imaginarse. Hé aquí el verdadero descanso, la distracción del escultor florentino, supuesto que reserva su trabajo principal para las grandes estatuas. Hace años que tiene preparados los mármoles para el mausoleo del señor Demidoff, para ese hombre opulento de las *Mil y una noches*, que tenía minas de oro en sus tierras, y que hubiera comprado á la muerte una semana de vida, si hubieran podido pagarla bien millones. Grandes y hermosas estatuas, magníficos bajos-relieves adornarán el sepulcro del Lúculo moscovita; sin embargo esta obra prodigiosa avanza

lentamente porque no siempre tiene á mano el escrupuloso artista buenos modelos; tal vez será necesaria toda la vida de Bartolini para acabar el mausoleo del difunto Demidoff tan llorado por los Florentinos, porque este ruso ilustrado nunca adoptó por divisa aquellos versos:

*Nescio qua natale solum dulcedine cunctos
Ducit, et in memores non sinit esse sui.*

Pensaba sin duda que no puede amarse una patria inhóspita, y desde que vió á Florencia la prefirió á Moscú: había levantado tres tiendas en el Tabor italiano, y nunca dirigía sus miradas ni hácia el Kremlin, ni hácia el Neva: rebase, bailábase en sus palacios, hasta que la muerte penetró en ellos al final de un espléndido banquete; Demidoff no contó con el terrible convidado y se durmió entre los vapores del vino de Chipre para no despertar.

Llamó mi atención un retrato suspendido á una columna; no era de Rembrandt, ni de Van-Dyck, ni de Ticiano, sino una obra reciente; representaba á Bartolini y no tenía firma al pie, porque ningún retrato de Ingres puede ser anónimo. Ingres es íntimo amigo del escultor de Florencia; son dos genios fraternales; para el uno el lienzo, para otro el mármol; así es que la *Odalisca* del primero es hermana de la *Bacante* del segundo. Pasando Ingres por Florencia hace algunos años entró en casa de Bartolini y habló con él largamente acerca del arte; esto los hizo desde entonces inseparables. Bartolini ha meditado con asiduo empeño sobre todos los secretos de la naturaleza y de su profesión; nunca repite las teorías de los tratados; improvisa las suyas, como le sucede á un maestro inspirado en presencia de discípulos que le comprenden. Es un hombre dotado de rica imaginación, que dispone á su placer de la elocuencia para defender el arte. Ingres ha nacido para ser el amigo de Bartolini y le ha pagado su sincera hospitalidad colgando en la preciosa galería su retrato, como Ticiano colgó el de Francisco I. Ahora que el gran pintor dirige en su palacio de *Monte-Pincio* la escuela romana moderna llamará sin duda al célebre escultor al hogar de la colonia francesa, y este paso hará recordar aquellas ilustres emigraciones en que el artista griego, después de desembarcar en Tarento, atravesaba la Italia apoyado en su nudoso bastón y se detenía en la mansión de Apulio ó de Apolodoro, que pintaban los frescos del palacio de Augusto en el monte *Palatino*.

Hay una estatua enorme en el taller de Bartolini; tiene diez y ocho pies de altura, proporcion que Kleber en medio de su entusiasmo concedía al vencedor de Abaukir. La ciudad de Ajaccio quiere poseerla y Bartolini desea que se le pague su trabajo, ofreciendo embarcarse con ella y colocarla en Ajaccio por la cantidad de ochenta mil francos: ningún buque ha salido aun de Tolon para buscar al artista, y la imagen de Napoleón envejecerá probablemente en su taller.

Antes de separarme de Bartolini volví á contemplar la *Bacante*. ¡Triste destino es el que la conducirá en breve desde el ardiente clima de Italia hasta el sombrío y melancólico ducado de Devonshire! Ni puedo figurarme que Bartolini la deje partir. ¡Cómo se separa un padre de la mas linda de sus hijas! ¡Qué padre es el que entrega la mas encantadora de sus criaturas á las caricias del extranjero! El epitalamio de Manlio y de Junia lo ha dicho antes que yo en inimitables versos latinos.

FIN.

TEATROS.

PRINCIPE.

A las siete y media de la noche.

1.º Sinfonía á completa orquesta.
2.º Decimáquina representación de la comedia nueva, y en cuatro actos, y en verso, original de don Tomas Rodriguez Rubi, titulada

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

PERSONAJES. ACTORES.

Marquesa. Sras. Diez.
Clara. Sr. Lamadrid.

Petronila.
Zenon. Sres.
Gonde.
Duque.
Mauricio.
D. Diego.
Keen.
Caballeros.
Ugieres.
Portero.

Llorente.
Romea (D. J.)
Romea (D. F.)
Sobrado.
Guzm. (D. A.)
Noren.
Perez.
Garcia.
Paris.
Sanchez.
Lledó.
Ornero.
Fernz (D. J.)

3.º Baile nacional á ocho.
4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.
En todos los intermedios tocará la or-

questa piezas escogidas de óperas y Walses de Straus.

CIRCO.

A las siete y media de la noche.

EL NUEVO MOYES.

ópera seria en cuatro actos.
NOTA. Las señoras Villo de Ramos y Gariboldi y los señores Sinico y Reguer están ensayando para poner en escena á la mayor brevedad,

LA NORMA.

TEATRO DE LAS TRES MUSAS.

Sito en la plazuela de la Cebada núm. 96 cuarto principal.

Hoy no hay función.
NOTA. Se está ensayando para ponerse en escena la comedia de espectáculo en 5 actos, cuyo título es:

EL HOMBRE DE LA SELVA NEGRA.

Baile, y sainete.

IMPRINTA JEBOIX